

EL ASOMBRO DE DAMASCO

Zarzuela en dos actos

Libreto de Antonio Paso y Joaquín Abati.

Música de Pablo Luna

Estrenada en el Teatro de Apolo de Madrid, el 20 de septiembre de 1.916

Acción, en Damasco (Turquía asiática), bajo el califato de Soleiman.

ARGUMENTO

La acción se inicia en una plaza pública en Damasco. Fahima, tiene una tienda de esencias mágicas, y esta vendiendo a un grupo de mujeres, en la tienda de medicamentos, que hay a su lado, el médico Ben-Ibhen atiende a varios enfermos y heridos.

Al marcharse todos los clientes y quedar vacía la plaza llegan dos hombres, que piden hospitalidad a Fahima, y luego una mujer lujosamente ataviada que, con el rostro oculto a la usanza musulmana, se aproxima a la tienda de la vendedora. Se descubre al llegar junto a Fahima, y ésta, con alegría, descubre en ella a su amiga Zobelda, casada con Omar, un comerciante de Mosul.

Zobelda, muy consternada, refiere a su amiga la enfermedad de su esposo y sobre todo la ruina a que han llegado debido a su mal negocio. Zobelda dice a la amiga, que su viaje a Damasco se debe a que un vendedor llamado Ben-Ibhen tiene una antigua deuda de mil dinares de oro con su marido, y hoy este dinero se necesita urgentemente para la enfermedad de Omar, y aunque no existe ningún documento para confirmarlo, espera que Ben-Ibhen reaccione como corresponde a su honradez y amistad con Omar.

Fahima lleva a Zobelda ante Ben-Ibhen, y éste recuerda la deuda y está dispuesto a pagarla; pero curioso, pide que antes le sea mostrado el rostro de la mujer que deberá llevar el dinero. Zobelda se descubre, y Ben-Ibhen queda maravillado ante su belleza. Dice a la mujer que le entregará el dinero si consiente en acudir por la noche a su trastienda. Al desaparecer el médico, las dos mujeres, maldiciendo la suerte de Zobelda, se van a la tienda de Fahima.

Entonces aparece el cadí de Damasco, Alí-Mon, con varios soldados, y lee un decreto del Gran Visir en el que se pide, vivo o muerto, la captura del terrible corsario Ka-Fur. Zobelda piensa que el cadí podrá hacer justicia, y sale a su encuentro, explicándole lo ocurrido; pero Alí-Mon, lo mismo que el médico, queda prendado de la belleza de ella, y sugiere, a cambio de la obtención del dinero, la misma exigencia que Ben-Ibhen. Nuevamente desalentada, y negándose, Zobelda se retira con su amiga, y ésta le dice que el único que puede hacerle justicia es el Visir en persona.

Mientras, el cadí se ha acercado a la tienda del médico para hablar con él, y cuando va a reprocharle su conducta con la esposa de Omar, le distrae un ruido de tumultuosa gente y, ante sus propios ojos aparece, portado en un lujoso palanquín, el Gran Visir Nhuredin. La muchedumbre le rodea y aclama reverenciosa. Zobelda piensa que es aquel el mejor momento para pedir justicia, y se acerca al Visir refiriéndole su desgracia. Pero al descubrirse ante él, el Visir queda también trastornado por su belleza.

Zobelda, otra vez desazonada, se aparta de él, y entonces, uno de los hombres que pidieron la hospitalidad de Fahima, le aconseja que cite separadamente a los tres hombres, aquella misma noche, en la casa de Fahima, que se halla en las afueras de la ciudad. Así lo hace la mujer.

El acto segundo transcurre en una habitación de la casa de Fahima, donde varias esclavas se esmeran en adornar y acicalar a Zobelda. Un gran banquete aguarda a los tres citados. El primero en llegar es Ben-Ibhen. Zobelda, muy solícita, sale a su encuentro, pero nada más empezar a hablar se hace anunciar Alí-Mon.

Consternado, Ben-Ibhen finge que se halla allí para reconocer a Zobelda, que sufre una repentina dolencia. Alí-Mon lo cree así, pero no finge su mal humor. Entonces aparece

el tercer citado, el Visir, que se encuentra sorprendido ante la presencia de los dos hombres.

Nada más empezar a pedir explicaciones, llega corriendo un esclavo para avisar que en las proximidades de la casa se halla el corsario Ka-Fur y sus hombres, cuyo único deseo es cenar y descansar allí. Zobelda, rápidamente, ordena a los tres hombres que se disfracen de esclavos, para no ser reconocidos y capturados por el bandido. Así lo hacen, y entra Ka-Fur, muy cubierto, con sus hombres. Se inicia el banquete que Zobelda prepara para los tres citados, y una vez finalizado, Ka-Fur demuestra que, a pesar de los disfraces ha reconocido al médico, al Cadí y al Gran Visir.

Ben-Ibhen, intentando salvarse, dice que no tiene inconveniente alguno en pasar a engrosar las huestes del corsario, puesto que, en realidad, es tan deshonorado en su profesión de médico como el propio corsario. Siguiendo su ejemplo, Alí-Mon confiesa que él tampoco hace justicia si no es a cambio de un favor, y finalmente el Visir revela que hace todo lo posible por extraer el dinero del pueblo, ya que el Califa no está enterado de nada de aquello.

Zobelda, mientras tanto, ha reconocido en Ka-Fur a uno de los hombres que le aconsejara aquella mañana, pero la sorpresa es general cuando Ka-Fur, despojándose de su siniestra indumentaria, resulta ser el Califa en persona, cuya costumbre de ir peregrinando disfrazado por el país, a fin de conocer la verdad, le ha salvado esta vez de tres hombres indeseables. El médico, el Cadí y el Gran Visir son despojados de todos sus bienes, y éstos entregados a Zobelda

ACTO PRIMERO

Decoración: La escena representa una plaza pública en la ciudad de Damasco (Siria. Turquía asiática,) Decoración a todo foro. En primer término izquierda, la tienda de Ben-Ibhem: la tienda oriental, con puerta practicable, de drogas, medicamentos. pomadas, ungüentos, etc. En primer término derecha. la tienda de Fahima; ídem de perfumes, esencias, etc. El resto de la decoración a gusto del pintor. Son las primeras horas, de la mañana.

ESCENA PRIMERA

FAHIMA, subida en un taburete a la puerta de su tienda, rodeada de ABRIZA, MIRTA y CORO DE SEÑORAS, todas vestidas a la oriental. BEN-IBHEM, subido en otro taburete, a la puerta de la suya, rodeado de HOMBRES, de la ciudad. Entre estos, hay alguno manco. otro cojo, otro la cabeza vendada. etc.

(A telón corrido, se oye una voz lejana.)

Voz: Ya el sol, por el Oriente
su luz asoma.
Coronado de fuego,
ya luce el día.
No te olvides, creyente,
de que es Mahoma,
quien las primeras luces
del alba envía.

(Se alza el telón.)

Ellas: *(A Fahima.)*
Atiéndeme.
Despáchame,
que antes que nadie
yo llegué.

Ellos: *(A Ben-Ibhem.)*
Danos pronto algo
y no te hagas rogar.

Tú, que eres un sabio
alivia nuestro mal.
Anda, pronto; venga
que no podemos esperar.

Ben-Ibhem: ¡Alto!
Dejad ya de gritar
y atentos escuchad
lo que mis drogas mágicas
pueden curar.
 (Baja del taburete.)

Todos: Dejemos de gritar,
etc., etc.

—

Ben-Ibhem: *(Anunciando.)*
No hay dolor que se resista
a mis célebres unturas.
¡Para mí, no hay hemorragias!
¡Para mí no hay calenturas!
A mis sabios elixires
y a mi mágica pomada,
nada existe que le iguale.
Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!
Los que sufrís,
los que vivís
minado todo
vuestro organismo,
ya lo sabéis:
es que queréis,
o últimamente,
que os da lo mismo.

Ellos: Yo quiero pomada.
Yo quiero un ungüento.

Ben-Ibhem: Pedid, que a serviros
voy al momento.
 *(Despachando a unos y a otros y entrando en su tienda
de vez en cuando, para sacar algún específico que entrega
al comprador.)*

Ellos: ¡Por Alah!
¡Pronto! ¡Acaba ya!
Dame al punto ese elixir
que me vuelva la alegría,
que estoy sufriendo
desde hace días.
Dame pronto ese elixir
que me calme mi dolor.
¡No tardes, por favor!

—

Fahima: Yo vendo los perfumes
mejores de Damasco;
yo soy la proveedora
de esencias, del Cadí;
yo tengo escamonea,
la mirra del Arabia,
incienso y cinamomo,
el cedro y el benjuí.

(Baja del taburete.)

—
Ellas: (Rodeándola.)
Quiero una esencia que traiga al hombre
por el que lloro noches y días.
Quiero una esencia que me devuelva
con mis amores, mis alegrías.
Fahima: Esa esencia cuesta cara
y escasea.
Ellas: La queremos y pagamos
lo que sea.
—
Fahima: Yo he descubierto un perfume
que despierta los sentidos,
y estimula los deseos
adormidos.
Yo he descubierto una esencia
que el que la aspira, te besa
y te deja entre los labios
el sabor de una promesa.
Todas: Es una esencia maravillosa
que a los amantes hace celosos;
es un perfume que al aspirarlo
brotan en suspiros voluptuosos.
Cuántas llevaron ese perfume,
en los amores siempre triunfaron
y a sus amantes rendidos miran
las que esa esencia de aquí llevaron.
¡Mágica esencia
que Alah nos hizo
y en ella puso
todo su hechizo!
¡Que es como un sueño!
¡Como la brisa!
¡Como el encanto de una sonrisa!

ESCENA IV

FAHIMA, ZOBEIDA, BEN-IBHEM

Fahima: (Pasando al lado de Ben-Ibhem.)
Ten presente la desgracia
que le aflige al pobre Omar:
más que el pago de una deuda,
es un rasgo de piedad.
Zobeida: No te muestres inclemente
ni me niegues tu favor.
Ben-Ibhem, yo te suplico
que no enciendas mi rencor.
Ben-Ibhem: Merezco tus rencores,
merezco tus enojos,
merezco que Mahoma
me tome a mi entre ojos;
merezco que tu esposo

me corte la cabeza,
pero la culpa es sólo
de tu sin par belleza.

Fahima: Sé indulgente, Ben Ibhem,
De Zobeida ten piedad.

Zobeida: Siempre es noble hacer el bien;
hazlo tú, por caridad;

Ben-Ibhem: Mira, si tiene
poder tu cara,
que aun siendo un hombre
ya cincuentón,
siento mi sangre
correr ansiosa
y oigo que late
mi corazón.
(Llevándose las manos al sitio indicado.)

Pom-pom-pom-pom.
fíjate en su excitación.
más que el soplo de una víscera
es el soplo de un ciclón.

Zobeida y Fahima: Pom-pom-pom
pom- pom-pom-pom-pom.
(Cantando a dúo)

Zobeida Aunque insista en su deseo
no caeré en la tentación

Fahima: No pensé que este hombre hiciese
tan cruel proposición.

Ben-Ibhem: ¿Conque te niegas?

Zobeida: ¿Y qué he de hacer?

Ben-Ibhem: Si es por capricho....

Zobeida: Es por deber.

Fahima: Ni ahora ni nunca
consentirá.

Ben-Ibhem: Pues del apuro
te saque Alah.
(Inicia el mutis hacia su casa.)

Fahima: ¡Y se marcha!

Zobeida: Yo no puedo
aceptar su condición.

Ben-Ibhem: (¡Bien mirado, estoy quedando
como un gran sinvergonzón.
Pero, en fin, si ella cediese...;
de pensado, hasta el turbante
se me inclina hacia adelante,
sin poderle contener!)

Las dos: No es posible, no es creíble
que se niegue así a pagar
una deuda tan sagrada
que a mí/tu esposo ha de salvar.,
y la infamia que pretende
a cualquier mujer ofende.
Este sabio es un completo
criminal.

Ben-Ibhem: Bella Zobeida,
que Alah te guarde.

Zobeida: ¡Es un bandido!
Fahima: ¡Es un cobarde!

Zobeida: Su acción indigna
diré en Mosul.

Ben-Ibhem: Me están poniendo
de oro y azul.

Las dos: *(Como una maldición.)*
¡Que Alah te confunda!
¡Que Alah te maldiga!
¡Que cambie tu suerte
de un modo fatal!
¡Que lluevan desgracias
a todos los tuyos!
¡Que llame a tus puerta
el genio del mal!
(Invocando.)
¡Alah!
¡Divino Alah!
Castiga al cobarde
y a todos los suyos.
¡Que llame a sus puertas
el genio del mal.

Ben-Ibhem: Ya lo sabes: si me citas
del apuro has de salir;
pero cítame, si quieres
el dinero recibir.

Las dos: *(Indignadas.)*
¡Jamás ese deseo
cumplido se verá,
y teme la cólera de Alah!
(Vase Ben-Ibhem a su tienda.)

ESCENA VI

ALÍ-MON, Cadí de Damasco, seguido de SEIS GUARDIAS. Salen al compás de la música, quedando los guardias en el centro de la escena y adelantando Alí-Mon hacia la batería. Lleva en la mano una vara, símbolo de su autoridad

(Durante todo el número, y en particular en los ritornellos, el Coro no dejará de hacer evoluciones, a gusto de los señores directores, debiendo quedar al final del mismo dos al fondo y dos en cada lateral. Los movimientos, casi bufos.)

Alí-Mon: Soy Alí-Mon;
soy el Cadí;
lo único bueno
que entre la turba de funcionarios
existe aquí.

Coro: Es Alí-Mon;
es el Cadí;
etc., etc.

CUPLÉS.

Alí-Mon: Soy el ser más inflexible
que ha nacido en el Oriente,
y aunque parezca increíble,
soy el mas inteligente.
Esta vara justiciera
el poder conmigo ejerce.
Ni por dádivas ni ofrendas,
ni por nada se me tuerce.
Siempre estoy exento
de toda malicia,
y en todos los casos
suelo hacer justicia.
Por eso, las gentes
que suelo encontrar
murmuran muy quedo,
al verme pasar:
“Ahí va Alí-Mon;
ahí va el Cadí;
lo único bueno
que entre la turba de funcionarios
existe aquí.
Para aclarar
una cuestión
en dos minutos
escasamente, que se la encarguen
al Alí-Mon”.

Coro: Ahí va Ali-Mon.
etc., etc.

Alí-Mon: Tengo un ojo vigilante
que persigue el desacierto,
y como es lógico, vivo
con el ojo siempre abierto.
De usureros y ladrones,
voy siguiendo siempre el rumbo
y al que siente yo la mano,
más que sentarle, le tumbo.
Siempre estoy exento
de toda malicia,
etc., etc.

ESCENA IX

Coro general. El GRAN VISIR. seguido de su cortejo. Después FAHIMA y ZOBEIDA. Más tarde BEN-IBHEN, ALÍ-MON, DERVICHES, ALMEAS (una primera bailarina y ocho de acompañamiento).

(Al atacar la orquesta sale el Coro de Señoras, el de Caballeros y comparsas de ambos sexos todos vestidos como es lógico a la oriental, con trajes caprichosos y vistosos. Simulan ser el pueblo que aclama al Gran Visir. Se dirigen hacia el fondo izquierda por donde aparecen los seis Guardias de Alí-Mon abriendo calle, los cuales quedan al fondo en fila; después seis Soldados de la Guardia del Gran Visir que al llegar al centro se dividen en dos mitades, colocándose la mitad a cada lado, formando con los anteriores un cuadro frente al público. Detrás el palanquín lujoso que conducen cuatro

esclavos negros (a ser posible, auténticos, como en Madrid) y en el que viene sentado el Gran Visir. A su lado otro esclavo con un gran quitasol de tela resguardándole de los rayos solares. Una sección de Soldados armados con cimitarras cierran la comitiva, quedando el fondo de modo que el pueblo queda entre dos filas de Soldados y el palanquín en el centro rodeado de la primer fila de Soldados.)

Todos: ¡Viva, viva Nhuredín,
 nuestro amado Gran Visir!
 ¡Honor a su prudencia
 y a su sabiduría!
 ¡Damasco a su presencia
 desborda en alegría!
 ¡Honor al justiciero!
 ¡Al sabio poderoso!
 ¡Al ínclito guerrero!
 ¡Al hombre generoso!
 ¡Viva, viva Nhuredín
 nuestro amado Gran Visir!

Nhuredin: *(Desde el palanquín que sostienen en alto los Esclavos.)*
 Vuestro entusiasmo hiere
 mi natural modestia.
 y aunque mi honor merezco
 ni nada merecí,
 acepto el homenaje
 en nombre del Califa
 al que ahora represento
 indignamente aquí.

*(Los Esclavos dejan el palanquín en tierra
y Nhuredín, baja de él.)*

¡Esclavos, rodeadme!.
*(Los seis Guardias avanzan y forman semicírculo
a su alrededor.)*

¡Mujeres, veneradme!
*(Todas las de escena, así como los hombres
que no forman su séquito, se prosternan ante él.)*

¡Que nadie mi mirada
se atreva a resistir!
Ninguno alce la frente,
y el que la eleve cuente
que sufrirá en seguida
las iras del Visir.

*(Salen de su tienda Fahima y Zobeida, esta última con el
rostro cubierto y un pergamino en la mano opone alguna
resistencia a las instancias de Fahima, que la va
acercando suavemente hacia el Gran Visir, a cuyo lado
llega en el momento de decir:)*

Zobeida: ¡Señor!
 Te suplico que recojas
 esta queja que te entrego.
 *(Alargándole el pergamino. Los Esclavos retiran el
 palanquín dejándola al fondo izquierda.)*

Todos: *(Estupefactos.)*

Guardias: ¡Oh, qué audacia!
(*Sujetándola entre dos.*)

Zobeida: ¡Presas quedas!
Perdóname, te lo ruego.

Nhuredin: Yo ordeno que al instante
soltéis a esa mujer.
(*Obedecen. A Zobeida.*)

Alárgame tu queja
y si algo puedo hacer
en nombre del Califa
te juro por Alah,
que si justicia pides,
justicia se te hará.

—
(*Zobeida entrega el pergamino, que Nhuredin finge leer.
Nhuredin, indignado.*)

Zobeida: ¡Por Mahoma, que si es cierto
lo que estoy leyendo aquí,
al médico haré que ahorquen
y que empalen al Cadí.

Nhuredin: ¡Por el Korán te juro
que digo la verdad!
¡Es que a creer no acierto
tamaña atrocidad!

El pago que te piden
es demasiado cruel;
en buena hora llegaste
a darme este papel.

¡Poder de Alah!
Te haré justicia,
tranquila está.

Zobeida: Visir, esas palabras
me vuelven a la vida.
Desde hoy soy una humilde
esclava agradecida.
Alárgame indulgente
tus manos justicieras
para besarlas.

Nhuredin: (*Tendiendo su mano.*)

Toma
y besa lo que quieras.

—
(*Zobeida descubre su rostro para poder besar las manos
del Visir; éste al verla, no puede reprimir un movimiento
de asombro, que repercute en todos los presentes.*)

¡Oh, qué asombro peregrino
de donaire y gentileza!
¡Oh, qué rostro más divino
y qué espléndida belleza!
No pisó mi harén esclava,
que llegar pueda hasta ella
y la luna con ser luna
a su lado es menos bella.

—
(*En general. Hablado.*)

Retiraos todos; ahora os llamaré.

—
(Después de las zalemas de rigor desaparecen por diferentes lados; Fahima y Zobeida se dirigen hacia su tienda.)

(¡Así evito por lo pronto de esta gente la malicia!)

(Al ver que va a hacer mutis Zobeida.)

Queda tú.

(Fahima hace mutis.)

Zobeida: ¿Qué es lo que quieres?
Nhuredin: Que te voy a hacer justicia.

—
Esto que pides aquí
(Por el pergamino.)

y que esperas de mí,
alcanzar vas al punto.
Ya mi poder se humilló,
y quien manda eres tú
y el esclavo soy yo.
Nada te puedo negar,
que mirarte y cegar
cosa fue de un momento.
Haz lo que quieras de mí,
que eres, más que mujer,
una mágica hurí.

Zobeida: Basta, señor, por piedad;
no encendáis mi rubor.
Sed clemente y pensad
en mi honor.

Nhuredin: Ven a mis brazos, mujer;
ven a mí sin temor,
que mi dueña has de ser
y por ti a enloquecer
voy, sultana, de amor.

Zobeida: (Queriendo marcharse.)
No es posible, no es creíble.
¡Por Alah!

Nhuredin: No te alejes, no me dejes.
Ven acá.

Zobeida: Por mi vida yo lo juro;
no será.

Nhuredin: ¿Qué quieres porque amantes
me miren esos ojos?

(Apasionado)

¿Qué pides, di, sultana,
a cambio de tu amor?
Exige, sin que pongas
barrera a tus antojos,
que aquí soy el esclavo
y tú eres el señor.

Zobeida: Imposible; soy casada,
y jamás accederé.
Ni por nadie, ni por nadie,
a mi esposo faltaré.

Nhuredin: ¿De modo que te niegas?

Zobeida: Me niego, Gran Visir.
Mejor que tal vergüenza,
mil veces es morir.

Nhuredin: Pues bien, ya que resistes
a mi pasión, cruel,
que Alah justicia te haga;
yo nada puedo hacer.

(Se separa colérico y altivo del lado de Zobeida y lentamente se dirige hacia el palanquín, en el cual se sienta; Zobeida, llorosa, implora piedad, coincidiendo con el principio de su canto, el caer arrodillada a los pies del Visir. Escena a cargo de los artistas, dentro de la situación.)

Zobeida: ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Tened piedad! ¡Por
Alah, os lo ruego!

(Al ver la indiferencia del Visir.)

¡Oh, qué destino cruel!
La justicia que busco
no la espero ya de él.
Todos quieren faltar
sin reparo, a mi honor,
y si me han de escuchar
he de darles mi amor.
¡Piedad! ¡Piedad, señor!

(Queda implorando y el Visir en actitud altiva.)

Todos: Que bailen las almeas
sus danzas caprichosas,
que en todas partes llaman
sus bailes la atención.
Que bailen las almeas
esbeltas y graciosas,
y que al bailar, Fahima,
les cante una canción.
Que dancen, que dancen;
esta es la ocasión,
para que despierten
nuestra admiración.

Fahima: Baila, odalisca hermosa,
la de los ojos negros,
la de la tez de rosa.

(Baila.)

(Comienzan los ocho bailarinas, y a su tiempo la primera, cuyo baile debe ser una cosa parecida en lo posible a las danzas de la Tórtola Valencia. Esta bailarina llevará pulseras en brazos y pies con pequeños cascabeles dorados que sonarán llevando el ritmo del baile. Combinación a gusto del señor Director de escena.)

Todos: Baila, baila, musulmana,

y que tus pies al bailar
trecen calados de encaje
como la espuma del mar.
Sigue los compases
juguetona y viva,
marca con cuidado
tu danza lasciva;
dobla la cintura,
quiebra las caderas,
y evoca el recuerdo
de las bayaderas.
(Fin del baile.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Zahara: Por esta noche
nada de velo;
que caiga en ondas
el negro pelo.

Abriza: Estos collares
en la cabeza
son la diadema
de tu belleza.

Fahima: Y vamos ahora
con el tocado,
que es el asunto
mas delicado.

—
*(Zobeida se pone de pie en el centro y Zahara y Abriza
van cogiendo del velador lo necesario para obedecer a
Fahima, adornando a Zobeida.)*

Los labios rojos,
como cerezas;
la tez de un tono
de blanco y rosa,
que aunque eres bella,
hoy es preciso
que les parezcas
aun más hermosa.
Los brazos blancos
como la nieve;
como la nieve
también el pecho,
y ahora unas sombras
en las pestañas,
y ya el tocado
dimos por hecho.

Fahima, Zahara
y Abriza:

(Contemplándola con admiración.)
¡Qué hermosura mas completa!

¡Otra igual jamás yo vi!
Ni una virgen del Profeta
compararse puede a ti.

Zobeida: Dejad las alabanzas,
que hieren mi pudor;
que cuanto mas hermosa
peor para mi honor.

—
(Al oír la melodía que se supone suena dentro.)

Fahima: ¡Oh, qué deliciosa melodía!
Moselín: ¿Quién podrá ser?
(Entrando y previo el saludo de rigor.)

Fahima! son unas Cantadoras de Palmira,
que vienen a dar serenata a Zobeida,
en nombre del Gran Visir.

Zobeida: *(A Fahima.)*
Que pasen; ¿no te parece?
Fahima: Hazlas entrar.

(Moselín saluda y se retira. Zobeida se tiende en el diván, Fahima se coloca, de pie, tras ella; Zahara, que con Abriza ha retirado los útiles de tocador, sale y se coloca a la izquierda de Fahima, y Abriza se tiende en el suelo sobre unos cojines, delante del diván. Entran las Cantadoras de Palmira por la derecha, tañendo sus instrumentos, y se colocan en dos filas, cada una de un color, frente a Zobeida. Para mayor efecto, desde este momento la escena quedará iluminada todo lo posible.)

Cantadoras: Sultana de los amores,
reina de la donosura,
maga de la gentileza
que asombras con tu hermosura;
suspira por tus encantos
y por ti sufre dolores
el Visir, y nos ordena
que cantemos sus amores.

—
(Evolucionan para formar semicírculo alrededor de Zobeida, quedando una combinación de color con los trajes.)

Tus ojos tienen, Zobeida,
un encanto misterioso,
que nacen, temblando en ellos,
deseos voluptuosos.
Tus labios tienen el rojo
de las rosas abribeñas;
rizado y negro es tu pelo
y tus manos marfileñas.

—
Pareces, Zobeida,
más que mujer, hurí;
por eso los hombres
de amor mueren por ti.

Mil veces dichoso
tu encanto singular,
que va triunfando del dolor,
y que a los hombres aprisiona
en las redes del amor.
¡Que Alah poderoso,
que tu hermosura ve,
te colme de gracias
y su favor te dé,
y acoge clemente
la queja del Visir,
que enloquecido por tu amor,
si le desprecias va a morir!

*(Mientras cantan, evolución y cambio de
combinación de calor.)*

Déjale que bese
tu cara de rosa;
deja que sus labios
te digan amor;
que ciñan sus brazos
tu cuerpo de rosa,
y él te dará en pago
riquezas y honor.
Déjale que llegue
rendido de hinojos,
cerca del encanto
que en ti resplandece;
déjate que muera
mirando tus ojos,
que solo por verlos
la muerte apetece.

(Evolución, para quedar como a la salida.)

—
Acoge clemente
la queja del Visir,
etc., etc,

ESCENA V

ZOBEIDA y BEN-IBHEM

Ben-Ibhem: ¡Mosuleña apetitosa!
¡Soberana de Turquía!
¡Si comerte me dejaras,
con qué gusto te comía!
¡Musulmana caprichosa,
a quien ciegamente adoro,
si me dejas devorarte
ya verás si te devoro.

Zobeida: ¿Tanto te gusto?
¿Tanto me quieres?

Ben-Ibhem: ¡Como que asustas...
de guapa que eres!

Zobeida: ¡No te creía

Ben-Ibhem: con ese fuego!
Esto no es nada;
ya verás luego.
(*Se ponen en pie y avanzan.*)
Yo soy un turco
que se despegó de la Turquía
y no tolero
que haya a mi lado más que alegría.
Yo canto y bailo
como no bailan las bayaderas,
y hasta entontezco
con el columpio de mis caderas.
(*Baila.*)

Zobeida: Tú eres un turco
muy trapisonda por lo que veo,
y no me jures
porque eres turco y no te creo.
(*Cesa el baile.*)

—

Ben-Ibhem: Por Alah, que no creía
en tan raras perfecciones,
ni jamás sospechar pude,
Ben-Ibhem, tus condiciones.
Como que soy en Turquía.
campeón de los danzones.
Y si quieres convencerte
pon un poco de atención
en la danza de la Meca
de mi invención.
(*Saca dos pañuelos de seda y baila a estilo
de las bayaderas*)

—

A la Me...
a la Me...
A la Meca te llevo. si quieres,
y gustas en ello.
A la Me...
a la Me...
A la Meca te llevo, mi vida,
montada en camello.
La jornada es muy larga, muy larga,
pero eso no importa,
porque yendo a mi lado se te hace
muy corta, muy corta.
y como eres la Hurí del Profeta,
que el sueño me roba,
montarás en los cuartos traseros
y yo en la joroba.
(*Entrega un pañuelo a Zobeida y los dos bailan.*)
Vente, vente conmigo
que irás muy hueca.
Anda, que vamos
de Ceca en Meca.
Vente, vente conmigo
que en regresando de la excursión

tú serás santa
y yo santón.

—
La joró...
la joró...
La joroba molesta un poquito
pero hay que aguantarse,
porque di...,
porque di...,
porque dicen que da buena suerte
y hay que jorobarse.
Al principio se siente un mareo
bastante alarmante,
producido por el balanceo
que lleva el rumiante,
pero luego y al cabo de un rato
de trote seguido,
ya se siente otra cosa distinta:
se siente haber ido.

—
(*Bailan de nuevo.*)

Zobeida: Vamos, que voy contigo,
e iré muy hueca.
Anda, que vamos
de Ceca en Meca.
Vamos, yo iré contigo,
que en regresando de la excursión,
yo seré santa
y tú santón.
Ben-Ibhem: Vente, vente conmigo,
etc., etc.

(*Continúan bailando hasta el final del número. El baile de BenIbhem todo lo más cómico posible imitando, en lo posible, algunas figuras de la bailarina del primer acto*)

ESCENA XI

ZOBEIDA y KA-FUR. Después, por la derecha BEN-IBHEM

Los dos: Allá van.
los preceptos que ordena el Korán,
y que son
un prodigio de buena intención.
Allá van,
porque debe saberlos
un buen musulmán.

—
Zobeida: No deseas la mujer de tu amigo
y contén tu pasión si desborda.

Ben-Ibhem: A no ser que el amigo resulte
de los que hacen la vista algo gorda.

Zobeida: No se ofende el Korán porque tengas
diez mujeres o veinte y aun treinta.

Ben-Ibhem: Ni muchísimo menos se ofende
porque tengas también las cuarenta.

Los dos: Cumpliendo estos preceptos
que Alah imponer nos quiso,
irás cuando te mueras
derecho al Paraíso;
y allí tendrás placeres
que allí muy bien se está,
y allí tendrás mujeres
y allí... ¡Jamalajá!

—

Zobeida: No te mates, que Alah poderoso
el suicidio severo castiga.

Ben-Ibhem: A no ser que en un rapto amoroso
escabeches primero a una amiga.

Zobeida: Aunque esté el agua fría no temas
y úsala para tus abluciones.

Ben-Ibhem: Porque no hay quien caliente ahora el agua
con el precio a que están los carbones.

Los dos: Cumpliendo estos preceptos,
etc., etc.

ESCENA FINAL

Cantadoras: Acoge clemente
la queja del Visir,
que enloquecido por su amor,
si le desprecias va a morir.

(Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA